

Cómo se consiguen las buenas calificaciones*



Autor:

Kurt Wiesenfeld

B.S. en física (Massachusetts Institute of Technology).

M.A. en física (University of California, Berkeley).

Ph.D. University of California (Berkeley). Profesor,
Georgia Institute of Technology (Estados Unidos).

Traducción:

Leonardo García Jaramillo

Abogado, Universidad de Caldas.

Docente Departamento de Humanidades

Universidad EAFIT

lgarciaj@eafit.edu.co

Después de 10 años debería haberlo sabido, pero cometí el error de novato de ir a mi oficina el día después de que informé las calificaciones finales.

Alguien tocó indecisamente la puerta y cuando abrí un joven dijo: “¿Profesor Wiesenfeld? Cursé este semestre su clase de física, pero la suspendí. Me pregunto si hay algo que pudiera hacer para mejorar mi nota”. Pensé: “¿Por qué me lo pregunta?

¿No es ya muy tarde para preocuparse? ¿Acaso le disgusta realizar afirmaciones afirmativas en lugar de afirmaciones interrogativas como la que está haciendo?”

Después de que el estudiante contara su trágico relato y se fuera, el teléfono timbró y una voz expresó “Saqué una D en su clase. ¿Hay alguna forma de que pueda cambiar la nota a “Incompleta” para realizar un trabajo adicional que me permita

* Publicado originalmente, como *Making the Grade*, en la Revista *Newsweek* (junio 16 de 1996). Traducción publicada con la gentil y expresa autorización del autor, quien para efectos de claridad autorizó el cambio en el título.

mejorarla?”. Luego comenzó el ataque vía correo electrónico: “Soy tímido para ir a hablar con usted, pero no lo soy para solicitarle una mejor nota final. De todas formas vale la pena intentarlo”. Al día siguiente recibí tres mensajes telefónicos de estudiantes que me solicitaban que les devolviera la llamada, pero no lo hice.

Hubo un tiempo en el que uno recibía una nota, y esa era la nota. Podíamos gemir y quejarnos, pero se aceptaba como el resultado de los esfuerzos o como la falta de ellos (y, claro, algunas eran notas severas). En los últimos años, sin embargo, algunos estudiantes han desarrollado la tendencia a comportarse como un consumidor descontento. Si no les gusta la nota que reciben, se dirigen hacia el mostrador de “devoluciones” para intentar cambiarla por otra mejor.

Lo que me alarma es su indiferencia hacia las calificaciones como una indicación del esfuerzo y el rendimiento personal. Muchos estudiantes,

cuando son presionados para responder por qué consideran que merecen una mejor nota, admiten que no la merecen pero dicen que les



gustaría tenerla de todas formas. Habiendo crecido en un contexto en el cual se otorgaban estrellas doradas en retribución por los esfuerzos y caritas felices para elevar la autoestima, han aprendido que pueden avanzar en su proceso educativo sin trabajar duro y sin talento auténtico si pueden hablar con el profesor y convencerlo de que les dé una nueva oportunidad. Esta actitud va mucho más allá del cinismo. Hay una extraña inocencia en la suposición de que se puede esperar (e incluso merecer) una nota mejor simplemente rogando por ella. Desde esa perspectiva, supongo que no me debería haber sentido tan estupefacto cuando 12 estudiantes me pidieron que cambiara sus notas después de que las definitivas fueron comunicadas.

Ese número representa el 10 por ciento del total de mis estudiantes ese semestre que dejaron pasar tres meses de exámenes parciales, *quizzes* e informes de laboratorio hasta que ya no había más remedio. Mis estudiantes de postgrado denominan esto “pensamiento hiper-racional”: si el esfuerzo y la inteligencia no importan, ¿por qué deberían importar las fechas límite? Lo que importa es obtener una mejor calificación mediante una bonificación inmerecida, lo que equivale en términos académicos a recibir de regalo una camiseta o una tostadora. Las recompensas no tienen entonces relación con la calidad del trabajo personal. Un hecho y sus consecuencias no están relacionadas, son al parecer sucesos aleatorios.

Los argumentos de los estudiantes para sonsacarle al profesor mejores notas, ignoran a menudo el factor del desempeño académico. Quizá sienten que no es relevante. “Si mi calificación no mejora, pierdo la beca”. “Si usted no me califica mejor, cancelaré la materia (*I'll flunk out*)”. Uno sinceramente se altera con las súplicas de los estudiantes: “Si no apruebo, mi vida se acabó”. Esto es algo difícil con lo que lidiar.

Al parecer soy el responsable de que algunos estudiantes hayan perdido sus becas, cancelado la materia o decidido si su vida tiene o no sentido. Tal vez estos estudiantes me consideran como el vendedor de una mercancía que desean, es decir,

la nota. Aunque intrínsecamente inútiles, las notas, si son apropiadamente manipuladas pueden comercializarse por algo que tiene valor: un grado, lo cual significa conseguir un trabajo, y lo cual a su vez significa ganar dinero. Aquello que la universidad ofrece en realidad –una oportunidad para aprender– es considerado irrelevante, incluso menos que inútil, debido a que requiere largas horas de trabajo duro.

En una sociedad saturada con valores superficiales, el amor por el conocimiento en sí, suena algo excéntrico. Los beneficios que otorgan la fama y la riqueza son más obvios. Así, ¿es correcto culpar a los estudiantes por reflejar los valores superficiales que saturan nuestra sociedad?

Sí, por su puesto que es correcto. Estas personas deberían tomarse en serio a ellos mismos ahora porque nuestro país se verá forzado a tomarlos en serio después, cuando lo que haya en juego sea algo mucho más grande. Tienen que reconocer que su actitud no sólo es auto-destructiva sino también socialmente destructiva.

El menoscabo del control de calidad –es decir, otorgar las notas apropiadas según los logros reales– constituye un motivo de gran preocupación en mi departamento. Un colega señaló que un título en Física puede obtenerse sin jamás haber respondido completamente alguna pregunta en un examen escrito. ¿Cómo? Pues obteniendo en suficiente cantidad créditos parciales y créditos extra, y con cierta ayuda en sus notas.

¿Pero qué sucede una vez que el estudiante se gradúa y obtiene un trabajo? Ahí es cuando se multiplican las desgracias y se erosionan los estándares académicos. Nos lamentamos de que a los colegiales los pateen para subir más rápido las escalas (“*kicked upstairs*”) hasta que se gradúan de la secundaria a pesar de ser analfabetas e ineptos en las matemáticas, pero parecemos estar despreocupados con los graduados universitarios cuyas deficiencias menos evidentes resultan mucho más perjudiciales si su acreditación excede sus cualificaciones, sus capacidades.

La mayoría de mis estudiantes son de postgrado en ciencia e ingeniería. Si son buenos en la obtención de créditos parciales pero no en dar respuestas correctas, entonces el puente nuevo se derrumbará o la droga nueva no dará resultado. Se pueden encontrar ejemplos aquí en Atlanta. El año pasado una torre de iluminación en el estadio olímpico colapsó, matando a un trabajador. Colapsó porque un ingeniero calculó mal cuánto peso podía resistir. Un edificio nuevo de las residencias estudiantiles podría agrietarse peligrosamente debido a que hay más de 15 cms. de desnivel en su base. El error es resultado de información incorrecta que se ingresó a un programa de computadora. A diario paso por esa residencia estudiantil en mi camino al trabajo, preguntándome si la base agrietada de ese edificio que está bajo kilotonos de peso es reparable o si la estructura tendrá que ser demolida. En marzo dos vigas de acero de 10.000 libras del nuevo natorio colapsaron, estrellándose contra el complejo deportivo estudiantil (¿debemos dar crédito parcial considerando que nadie resultó herido?) Estas son consecuencias del mundo real acerca de errores y falta de experiencia.

Pero la lección es ignorada por el 10 por ciento que se queja. Los profesores debemos decir más bien que no queremos (no que no podemos, sino que no lo haremos) cambiar la calificación que el estudiante merece, por aquella que desea. Con frecuencia se quedarán desconcertados o incluso enojados. No consideran justo el hecho de que son juzgados según su desempeño, y no según sus deseos o su “potencial”. No consideran justo que deban poner en riesgo sus becas o estar en peligro de cancelar la asignatura, sencillamente porque no pudieron hacer o porque no hicieron su trabajo. Pero es más que *justo*, es *necesario* para ayudar a preservar un estándar mínimo de calidad que nuestra sociedad necesita para mantener su seguridad y su integridad. No sé si los estudiantes de última hora aprenderán esta lección, pero yo sí he aprendido la mía. De ahora en adelante después de comunicar las notas definitivas, me esconderé hasta que empiece el próximo semestre.